

VIVIR SIN PEDIR PERMISO

La historia de María transcurre en España, en los años 50. Vive en un tercer piso sin ascensor. Las escaleras son largas, estrechas y empinadas, y cada peldaño representa un pequeño desafío. María tiene una discapacidad física desde que era pequeña. Camina con dificultad y necesita apoyarse en muletas.

Su sueño es parecido al de otras mujeres de su edad: ser madre, trabajar como cocinera y sacarse el carné de conducir. En una época en la que las mujeres ya encuentran obstáculos por el simple hecho de serlo, María además debe enfrentarse a los prejuicios y a la falta de recursos para las personas con discapacidad.

Desde pequeña ha aprendido a moverse en una sociedad que no estaba pensada para ella. Las aceras son irregulares, los edificios carecen de ascensores, y los transportes públicos no contemplan ninguna adaptación. Cada salida a la calle implica planificación, esfuerzo y, muchas veces, miradas de lástima o comentarios innecesarios.

Su pasión, desde que tiene uso de razón, es la cocina. No sabe muy bien si esta pasión proviene de su abuela materna, también cocinera, lo que sí sabe es que siempre ha querido alcanzar el sueño de convertirse en una gran chef.

María trabaja en la cocina de una pensión modesta. También allí necesita adaptaciones. Convenció al dueño para que le permitiera reorganizar el espacio: bajó la altura de la mesa de trabajo, colocó estantes a su alcance y pidió un taburete para poder descansar mientras removía las ollas. El

acceso al mercado laboral no ha sido fácil, y ha tenido que demostrar, día tras día, que su discapacidad no define su talento.

Su otro gran deseo es conducir. En aquella época, obtener el carné es un logro para cualquier mujer, pero para una mujer con discapacidad el reto es aún mayor.

María sabe que necesita un coche adaptado: mandos manuales especiales, pedales modificados y ajustes que le permitan conducir con seguridad. Pero esos vehículos son muy caros, mucho más que uno convencional. María hace cuentas una y otra vez en la pequeña mesa de su cocina. Asume que, si quiere conducir, tiene que recurrir a sus ahorros. Por un lado, a su pensión por discapacidad y, por otra, al salario como cocinera. Ahorrar significa renunciar a otras cosas: ropa nueva, pequeños caprichos, incluso parte del dinero que destina mejorar su vivienda. Porque esto es también un reto para ella, su casa necesitaba cambios.

Instaló barras de apoyo en el baño, adaptó la cocina para moverse con mayor facilidad y colocó pasamanos adicionales en la entrada del piso. Cada adaptación le ha costado dinero, esfuerzo y sacrificio, pero María tiene claro que todo ello merece la pena porque le permite conseguir algo mucho más valioso: su independencia. María no quiere depender siempre de vecinos, familiares o amigos.

Sin embargo, si hay un sueño que es el más íntimo y oculto, es ser madre. María sabe que necesita organizar su vida con aún más precisión: adaptar la cuna, preparar espacios accesibles y contar con redes de apoyo. Pero también sabe que el amor, la entrega y la dedicación, no depende de la fortaleza de su cuerpo.

Los hándicaps que encuentra no son solo físicos, también son sociales, culturales y económicos. Desde la falta de comprensión hasta la ausencia de

políticas de accesibilidad, pasando por el sobrecoste constante de todo lo adaptado. Para María, cada logro implica un doble esfuerzo.

Aun así, no se rinde. Vive cada día como una oportunidad para alcanzar sus sueños, con tesón, esfuerzo y constancia. Su historia no es la de una heroína extraordinaria, sino la de una mujer que lucha por el derecho a vivir una vida ordinaria en una sociedad que no contempla sus necesidades. La sociedad debe tener en cuenta las dificultades y barreras que las personas con discapacidad encuentran en su día a día. No basta con admirar su “fuerza” o su “valentía”. Es necesario reconocer el sobreesfuerzo constante que realizan y, sobre todo, eliminar las barreras. Las adaptaciones no son privilegios, son herramientas que permiten vivir una vida de forma digna y plena.

La historia de María refleja que las dificultades no nacen en su cuerpo, sino en una sociedad que aún tiene que mucho que aprender.